**EL REY DE LA JUNGLA**

Una vez más, la búsqueda por explicar la profesión de aquel hombre cuya cara refleja tensión y cansancio, y cuyos cayos en sus manos son muestra de todo el trabajo que ha realizado como si fuese un carpintero, ha fallado nuevamente. Aunque si bien no son mucho los estudiosos que dirigen su interés en este campo del arte, los pocos que lo hacen no parecen poder describir a esta imagen, sujeto y símbolo del teatro. La profesión del director es una rama del arte teatral que parece solo ser comprendida por aquellos que han vivido en carne propia lo que implica ser el alfarero que transforma la poesía en vida, en escultura, en aquello que trasciende en la vida de la humanidad.

Louis Jouvet es uno de los autores que posiblemente se acerca más al éxito de plasmar con tinta en un lienzo, en qué consiste la dirección, pues de manera humilde logra reconocer que es prácticamente imposible definir dicha profesión pues está siempre se va a ver sujeta a las técnicas, el tipo de teatro, el contexto, etc. Por el contrario, su interés primordial al reconocer esta imposibilidad por conceptualizar la dirección, es el de aconsejar a quienes se dedican o se dedicarán a dicho arte de construcción cuyo fin es más útil pues aunque si bien no hay un camino específico que recorrer, la forma de hacerlo puede resultar eficaz para lograrlo aun cuando no sepa que vías se está transitando.

Según Jouvet, el director se caracteriza por de alguna forma u otra dedicarse a todo tipo de arte y actividad humana al ser él quien construye como principal guía una totalidad del mundo del teatro que en realidad es un reflejo de la vida misma, y por tanto para poder hacer un buen trabajo de representación sería necesario abarcar todo lo que la pasión y la naturaleza humana conllevan. Sin embargo, en lo que a mi concierne, es este justamente el principal error que transforma la dirección no en una tarea digna de alabanza y admiración, sino en un obstáculo que destruye, una bola demoledora que cae con dureza encima de las letras que con mucho cuidado, fueron escritas para recoger un pequeño trozo de humanidad. El director debe trabajar y velar por comprender que es humano, y que como tal, no tiene la suficiente capacidad para abordar cada habilidad humana, y debe saber que si lo hace, no lo va hacer bien, pues está perfectamente predestinado por elección divina, sobrenatural o incluso natural que cada hombre nazca con ciertas cualidades que le permitan en un futuro, canalizarlas en una actividad que esté al servicio de la humanidad.

El director debe ser humilde y debe delegar funciones y comprender que el teatro es un mundo particular, una selva donde cada especie aporta lo mejor de sí para construir una obra, vida, y dentro de esta construcción igualmente se generará una convivencia en la cual el director cumple su rol fundamental, el de dirigir, guiar y unificar estableciendo un orden que favorezca la convivencia y permita la supervivencia de cada especie entendiendo que ninguna es superior a la otra y que todas deben estar en armonía para hacerle así un culto a la naturaleza. Dramaturgos, escenógrafos, actores, directores, luminotécnicos, sonidistas e incluso productores deben reconocer el trabajo del otro, respetarlo y no inmiscuirse en el otro, pero de igual forma, deben estar siempre creando y aportando en pro del teatro y de la unidad que este representa. Para dar vida se requieren más que dos manos.

Ahora es importante destacar que en el teatro, y continuando con la metáfora de la jungla, existen varios tipos de sub eco sistemas que requieren de distintos enfoques y método, y por ende de diversas formas de dirección que afectar a nuestro rey de la selva influyendo en su forma de liderar en esta. Jouvet de manera acertada divide el teatro en dos clases: el teatro espectacular y el teatro teatral dónde el primero se comprende como aquel que está al servicio del entretenimiento mediante la idealización de factores que soportan este objetivo como la luz, la escenografía, la música, etc.; En cambio el segundo, lo define como el arte de los poetas al estar al servicio de una obra literaria, razón por la cual lo asocia con el teatro greco-romano, renacentista e incluso medieval. Pero he aquí donde siento mi postura una vez más diciendo que aunque si en efecto esta división es un hecho innegable, la comunidad teatral debe buscar a lo largo de su trabajo siempre trabajar por el segundo más que por el primero. Fundamento mi teoría en el hecho de que aunque el teatro espectacular ofrece entretenimiento, el teatro teatral ofrece progreso, vida y comunicación e incluso sin que este sea su objetivo primordial, logra entretener pues toda herramienta que rompa con la cotidianidad humana, se considerará como una salida, una distracción, una libertad. Toda obra en ese orden de ideas, debe aspirar a convertirse en un clásico.

Por otra parte, hay que señalar que es muy certera su afirmación con respecto al cliente para el cual trabaja el director, pues este debe comprender que el espectador, el público, es igualmente un actor pasivo tan importante como el activo que está en escena y quien cumple un papel importante dentro de la jungla teatral, pues al final es él el punto culmen de la “cadena alimenticia”, es quien recibe el mensaje que el dramaturgo crea, el director moldea, el actor emite y hace llegar al público. Y en esa medida entra en discusión la pregunta del por qué hacemos teatro, a cuya respuesta por parte de Jouvet me adhiero, por placer. Sin embargo, creo que hay una razón inconsciente que también debe ser válida exponer, por evolucionar. El teatro existe para formar cultura, sociedad, para progresar, para cambiarle la vida al hombre que una noche, inocentemente, decide hacer parte de esta selva en la cual se convierte un animal que con excitación trata de vivir con plenitud el momento en medio de un entorno caótico pero fascinante. A la mañana siguiente, sus ojos no serán los mismos, pues sin saberlo, habrá cambiado su forma de observar el mundo. He ahí la magia del teatro.

# Bibliografía

* Jouvet, L. (1999). La profesión del director. En E. Ceballos, *Principios de la dirección escénica* (págs. 289-305). Madrid: Escenología.